

Introducción

En este texto nos centramos en la historia de los cafés de la ciudad de Madrid en el periodo comprendido entre mediados del siglo XVIII (y, en concreto, con la referencia del año 1765) y la terminación de la contienda civil (1939), teniendo presente el contexto social y cultural del momento.¹

Los cafés, como espacios públicos de sociabilidad² y de encuentro cultural, se difundieron en la Europa del siglo XVIII. En esta centuria, las relaciones sociales experimentaron cambios notables, de acuerdo con las transformaciones derivadas del reformismo ilustrado. De este modo, y como constata María de los Ángeles Pérez, el café generaría estos establecimientos especializados y les daría nombre. Fueron resultado de esos progresos sociales y umbral del futuro desarrollo de nuestra sociedad.³

El café aparece como evolución del modelo de sociabilidad vigente en el siglo XVIII, fuertemente jerarquizado y fundamentado en el salón y en la academia.⁴ La apertura de los ámbitos doméstico y privado conllevó que las clases altas y medias optasen por este nuevo espacio (público) que resultaba adecuado para sus reuniones. Con el paso del tiempo, la afición a esta bebida se fue difundiendo a otros sectores de la población, que también se convertirían en habituales de estos lugares.

¹ Con este trabajo no se ha perseguido elaborar una relación de todos los cafés madrileños que se fundaron en el periodo objeto de estudio, sino estudiarlos (especialmente, aquellos más significativos) como espacios de encuentro y de reunión, así como analizar su fisonomía y sus características, y valorar su evolución, significado y repercusión en los niveles político, social y cultural.

² Los cafés madrileños han sido estudiados a través del concepto de sociabilidad, definido por el hispanista Jean-Louis Guereña como «la aptitud de los hombres para relacionarse en colectivos más o menos estables, más o menos numerosos, y a las formas, ámbitos y manifestaciones de vida colectiva que se estructuran con este objetivo». Jean-Louis Guereña: «Espacios y formas de sociabilidad en la España contemporánea», *Hispania*, LXIII/2, 214, 2003, p. 413. Sobre las nociones de sociabilidad véanse también las aportaciones realizadas por los sociólogos Georg Simmel y Georges Gurvitch, entre otros.

³ María de los Ángeles Pérez Samper: «Espacios y prácticas de sociabilidad en el siglo XVIII: tertulias, refrescos y cafés de Barcelona», *Cuadernos de Historia Moderna*, Madrid: Universidad Complutense, 2001, núm. 26, p. 12.

⁴ Juan Francisco Fuentes: «De la sociabilidad censitaria a la sociabilidad popular en la España liberal», en J. F. Fuentes y L. Roura I Aulinas (eds.): *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje al profesor Alberto Gil Novales*, Lleida: Milenio, 2001, p. 210.

La aparición de estos establecimientos, como señala Francisco Villacorta, enlaza con el nacimiento coetáneo en toda Europa durante el siglo XIX de una serie de instituciones (salones, clubs políticos, sociedades patrióticas, círculos masónicos o centros artísticos) vinculadas con la aparición del espacio público liberal y burgués que organiza la competencia ideológica en las nuevas tareas del gobierno político y en el reconocimiento y promoción de los nuevos gustos estéticos.⁵

La elección de la primera fecha (1765) responde al hecho de que fue en este año cuando se instaló la Fonda de San Sebastián (calle de Atocha), que tomaba su nombre de la vecina y antigua parroquia de homónima denominación (calle de Atocha, núm. 39, esquina con la calle de San Sebastián). En su piso alto se domicilió un café que podría considerarse como el primero en Madrid, y el cual fue célebre por acoger una importante tertulia literaria, que fue iniciada por el poeta Leandro Fernández de Moratín (1760-1828). De este modo, podría decirse que fue la precursora de los cafés literarios. Por su parte, la segunda fecha (1939) ha sido establecida en función de la finalización de la guerra civil, hito trascendente que tuvo también su impacto en los centros pensados para la conversación y el intercambio de ideas. Este conflicto bélico hizo desaparecer el mapa de los cafés históricos y cambiar, en la mayoría de las ocasiones, su función.

Madrid fue una ciudad de cafés, y la costumbre de asistir a ellos estaba muy arraigada en la población. No solo se iba a *tomar* café (como indicaba su nombre): lo que se consumía no era más que un pretexto para hablar y encontrarse. La mayoría de los más populares y concurridos se encontraban en la Puerta del Sol y en sus arterias próximas, donde se condensaba (y se sigue condensando) la vida urbana. Cada uno de ellos tenía su propia fisonomía y clientela.

Para desarrollar este trabajo hemos establecido cuatro capítulos: en el primero, presentamos una breve historia del café como producto vegetal y como establecimiento público; en el segundo, realizamos un recorrido histórico por los cafés madrileños partiendo de sus orígenes (concretados a mediados del siglo XVIII) y trazando su evolución (especialmente, en cuanto a ordenación interior y estética) y ambiente a lo largo del siglo XIX, momento en el que alcanzaron su pleno esplendor; en el tercero, nos centramos en su estudio durante el primer tercio del siglo XX, cuando la mayoría de ellos renovaron su aspecto ochocentista por otro más acorde con los tiempos modernos, que condujeron a la desaparición del café clásico; y, en el cuarto, cerramos con un epílogo en el que reflexionamos sobre el estado y devenir de estos espacios de sociabilidad durante la contienda civil y en los años inmediatos.

⁵ Francisco Villacorta Baños: «Los Ateneos liberales: política, cultura y sociabilidad cultural», *Hispania*, LXIII/2, 214, 2003, p. 416; y Francisco Villacorta Baños: «Los Ateneos liberales: política, cultura y sociabilidad cultural», en J.-L. Guereña (ed.): *Cultura, ocio, identidades: espacios y formas de la sociabilidad en la España de los siglos XIX y XX*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2018, pp. 45-76.

Después de adentrarnos, en el primer capítulo, en los orígenes del café como bebida y sitio de encuentro, desarrollamos el segundo capítulo que comprende, a su vez, cuatro apartados, correspondientes a las etapas que hemos advertido en la evolución del café como lugar de conversación y reunión, y que abarcan desde mediados del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX. Así, en el primero de ellos nos remontamos a los orígenes de estos centros, que descienden de las botillerías y que se asientan a mediados del siglo XVIII (de hecho, los primeros cafés, como fue el caso del Príncipe, de Pombo y de Levante, llegaron a confundirse con las últimas botillerías); en el segundo, analizamos su evolución a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Durante las dos primeras décadas de esta centuria, los cafés se fueron consolidando como puntos de reunión y discusión, pero fue en los años veinte y treinta cuando alcanzaron su esplendor como asilo de conspiradores (destacando la Fontana de Oro o los cafés de San Sebastián y de Lorenzini, también llamado *de la Victoria*), en consonancia con la situación política de la época. Sus mesas y mostradores se convirtieron con frecuencia en tribunas oratorias para políticos liberales. Estos locales se transformarían, una década después, en sitios más preocupados por atender a otras cuestiones, como el confort y la comodidad de sus parroquianos, tal como se estudia en el punto siguiente y, de manera concreta, a través del testimonio del Café Suizo, que fue fundado en 1845 en una de las arterias más importantes de la ciudad y tuvo que cerrar sus puertas en 1919 a causa de la voraz especulación inmobiliaria del momento.

En el tercer apartado del segundo capítulo abordamos, en dos epígrafes, el estudio de los cafés en los años centrales de la centuria (décadas de los cincuenta y sesenta), dado que, por aquel entonces, se conspiraba en la mayoría de ellos (y, entre los que tuvieron notable notoriedad en este sentido, cabe citar los de la Iberia, de Zaragoza, de Madrid y el Imperial) y bien puede asegurarse que eran verdaderos *cafés revolucionarios*. Luego, en el último apartado, abarcamos la denominada *edad de oro de los cafés*, es decir, el periodo de la restauración monárquica y de los inicios de la regencia de María Cristina de Habsburgo. Este apartado consta, a su vez, de dos puntos, ya que en primer lugar analizamos las décadas de los setenta y ochenta, cuando se inauguraron muchos cafés, entre ellos, dos notables, de Fornos (1870) y de San Millán (1876), que son estudiados en profundidad con un epígrafe específico para ellos, puesto que conformaron, cada uno de ellos con su fisonomía propia, un nuevo tipo de establecimiento (amplio, cómodo y lujoso) que tenía como principal referente los cafés parisinos, que se habían convertido en modelo para todos los locales europeos. También se dedica un espacio al análisis del devenir del Suizo en estos años, al ser considerado como un verdadero centro de interacción social; y, en segundo lugar, aludimos a la última década del siglo XIX, que fue la más significativa en cuanto a la apertura de cafés se refiere como espacios de disertación e intercambio de ideas (encontrándose entre ellos el Colonial, Europeo o de la Montaña).

El tercer capítulo se halla integrado por tres apartados que tratan de las etapas que hemos verificado durante ese amplio periodo comprendido entre 1900 y 1939. Así, el primero abarca el análisis de los cafés desde el año 1900 hasta la finalización de la Primera Guerra Mundial (entre ellos, de los renombrados Pombo y Colonial), contemplando dentro de él un estudio sobre la transformación del prestigioso Café de Fornos como ejemplo de los antiguos cafés que tuvieron que adecuarse a los nuevos tiempos; el segundo, que corresponde a los años veinte, cuando Madrid experimentó un significativo cambio hacia una urbe cosmopolita, con la introducción de nuevas costumbres sociales. Fue entonces cuando se produjo el inicio de la decadencia del café clásico, dado que, tras la primera conflagración mundial, tuvo lugar la irrupción de un nuevo estilo de vida que implicó bien la desaparición de aquellos establecimientos que no pudieron adaptarse a los tiempos modernos o bien su completa renovación conforme a los gustos del momento, así como la consolidación del bar como lugar que fue restando prestancia al café tradicional; y el tercero, que se centra en la década de los treinta (hasta la terminación de la contienda civil en 1939), cuando convivieron en la ciudad los antiguos cafés que lograron mantenerse, como el Comercial o el Gijón, con los bares y los cafés de reciente creación, como el Zahara o Aquarium, como expresión de una nueva manera de vivir y de un estilo arquitectónico y decorativo atento a la más refinada elegancia y al más moderno confort.

Finalmente, en el cuarto capítulo presentamos, a modo de epílogo, el panorama madrileño durante la guerra civil y en los años inmediatos, que se caracterizó por la desaparición de muchos de los cafés de antaño.